

fre vértigos al intentar sondear esos abismos, y Milton naufraga en ellos. Sin embargo, en medio de esa confusión de teorías, el poeta permanece bíblico y cristiano, y una y otra vez cuenta la caída del hombre y la redención. Siendo por de pronto *puritano*, luego *independiente* y luego *anabaptista*, llega por último á ser *quietista entusiasta*, ó *santo* como ellos mismos se llamaban: desde este punto Milton ya no es mas que una voz que canta al Eterno. Milton no fué ya al templo, ni dió signo alguno exterior de religion: en su poema dice, que la oracion es el único culto agradable á Dios.

Ese poema, cuya primer escena se abre en los infiernos, y la última acaece en el cielo despues de haber atravesado la tierra, no tiene en el vasto desierto de la nueva creacion mas que dos personajes humanos; todos los demás son habitantes sobrenaturales del abismo de felicidades sin fin, ó de la negra patria de las inagotables miserias. El poeta se atrevió á penetrar en esa soledad; se presentó en ella como un hijo de Adán, diputado de la raza humana perdida por la desobediencia; apareció como el hierofante, como el profeta encargado de aprender la historia de la caída del hombre para cantarla en el arpa consagrada á las penitencias de David. Su canto está tan lleno de inspiracion, de santidad y de grandeza, que la noble cabeza del poeta no desdice al aparecer colocada cerca de la de nuestro padre en presencia de Dios y de los ángeles. Al salir del abismo de las tinieblas, saluda aquella luz sagrada de que sus ojos estaban privados.

«Salve, luz sagrada, hija del cielo, nacida la primera, ó coeterno rayo del Eterno. ¿Podré llamarte así sin ofenderte? Puesto que Dios es luz, y que de toda eternidad habita en una luz impenetrable, habita en tí, y tú eres brillante efusion de una brillante esencia increada. Pero si prefieres oír que te llamen raudal de puro éter, ¿quién podrá decir tu origen? Tú existías antes que el sol, y antes que los cielos; á la voz de Dios cubriste como un manto el mundo que nacia de las aguas negras y profundas, conquista arrebatada al vacío infinito y sin forma.

«Ahora te vuelvo á visitar con vuelo mas atrevido: habiéndome escapado de la estigia laguna.... siento la influencia de tu vivificadora y soberana y llama. Pero tú no visitas estos ojos que en vano giran por hallar uno de tus rayos penetrantes, y no encuentran ninguna aurora. ¡Tan profundamente apagados están en tu órbita; tan denso es el velo que los cubre!

«Sin embargo, no ceso de vagar por los sitios frecuentados de las Musas.... No me olvido de aquellos dos mortales, iguales á mí en desgracia (ya que

no me es dable decir en gloria), el ciego THAIRIS, el ciego MENOIDES y THRESIAS y FRINEO, vates antiguos. Alimentándose de aquellos pensamientos que hacen resonar las métricas cadencias del alma, soy parecido al pájaro que vela y canta en la oscuridad: oculto en el mas espeso ramaje, exhala sus nocturnos lamentos.

«Vuelven sucesivamente con el año las estaciones; pero la luz no vuelve para mí, ni vuelve la dulce aparición del sol, ni su desaparicion en el ocaso, ni los brillantes colores de las flores que trae la primavera en su seno, ni la rosa del verano, ni la contemplacion del divino rostro del hombre. Nubes y tinieblas que nunca se disipan, me rodean eternamente. Cerrado está para mí el agradable camino por donde van los vivientes: el libro de la ciencia no me presenta mas que una inmensa página negra en la que están borradas todas las magnificencias de la naturaleza. ¡Vedado me está el átrio de la sabiduría!

«Brilla, brilla pues con mas fulgor interiormente, ¡oh luz de los cielos! Empápense bien todas las facultades de mi alma de tus rayos: da luz á mi espíritu; separa, dispersa lejos de ella todas las tinieblas, á fin de que yo pueda ver y decir cosas invisibles á los ojos de los mortales.»

Con acento no menos patético esclama en otro pasaje.

«¡Ah! si yo alcanzara de mi celestial patrona un estilo que correspondiera á mi pensamiento. Dignase visitarme de noche sin que yo la implore..... Aun me queda por cantar un asunto mas elevado que bastará para eternizar mi nombre, si es que no ha llegado un siglo demasiado tarde, ó si el frio del clima ó de los años no entumece mis humilladas alas.»

«¿Qué elevacion de inteligencia no necesitaria el poeta para sostener esa entrevista, si así pudiera decirse, con Dios y con los prodigiosos personajes que creó! En ningún tiempo ha existido un talento mas grave ni al mismo tiempo mas lleno de ternura que el de ese hombre. «Milton, dice Hume, escribió siendo pobre, viejo, ciego, desgraciado, y hallándose rodeado de peligros, un poema maravilloso, superior no solo á las producciones de sus contemporáneos, sino á las que él mismo escribió en su juventud y en los dias de su mas alta prosperidad.» Vislúmbrase efectivamente en ese poema al través del ardor propio de los años juveniles, la madurez de la edad y el peso de la desgracia, circunstancia que da al *Paraiso perdido* un indefinible encanto de cálculo y de pasion, de inquietud y de paz, de tristeza y de placer, de razon y de amor.

CUARTA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS DOS ULTIMOS ESTUARDOS.

COMPARACION DE LOS HOMBRES Y COSAS DE LA REVOLUCION DE INGLATERRA CON LOS DE LA FRANCESA.

Si pasáramos sin procurar una transicion desde Milton á los escritores del tiempo de los dos últimos Estuardos, caeríamos desde mas alto que los ángeles del *Paraiso perdido*, precipitados desde el cielo al abismo. Mas aun tenemos que dirigir una mirada sobre la revolucion de donde salió el poeta, y compararla con la ocurrida en Francia; así conseguiremos ir descendiendo insensiblemente hasta ponernos al

nivel de la época de Carlos y Jacobo. Esfuerzo nos cuesta el desprender la consideracion de aquellos tiempos del 1649, que tan curiosas afinidades tuvieron con los nuestros: estableciendo un paralelo entre los hombres y las cosas veremos que los sucesos de la revolucion francesa conservan sobre los ocurridos durante la república y el protectorado inglés una indisputable, pero tambien muchas veces funesta superioridad.

La revolucion francesa debe confesarse vencida en cuanto á la parte literaria por la revolucion de Ingla-

terra: la república, el imperio y la restauracion no produjeron canto que pueda rivalizar dignamente con el del *Paraiso perdido*: en todo lo demás, escepto en el punto de vista de moralidad y religion, la revolucion de Francia es superior á la de sus vecinos los ingleses.

Al desarrollarse ésta en 1649, no habia entre los pueblos las comunicaciones rápidas y directas cual hoy existen: las ideas y los sucesos de una nacion no se comunicaban entonces á todo el globo por la multiplicidad de caminos, celeridad de correos, estension del comercio y de la industria, y por las publicaciones de la prensa periódica. La revolucion de la Gran Bretaña no puso en conflagracion á toda la Europa: limitada á una isla, no pudo lanzar sus armas ni sus teorías á los postreros confines de Europa; no predicó la libertad y los derechos del hombre con la cimitarra en la mano, como Mahoma predicó el Corán y el despotismo; ni se vió obligada á rechazar en lo esterior una invasion, ni á defenderse en lo interior contra un sistema de terror: el estado religioso y social no eran lo que son en la actualidad.

Así es que los personajes de aquella revolucion no llegaron á la altura de los de la revolucion francesa, medida por una escala mucho mayor, y consumada por una nacion mucho mas enlazada con el destino general del mundo. ¿Podrian Hampden ó Ludlow compararse á Mirabeau? Convenimos en que por lo relativo á la moralidad le aventajaron, pero quedando siempre inferiores por lo que hace al talento.

«Figurando por sus desórdenes y azares de la vida en los sucesos de mas importancia, y teniendo relaciones con los penitenciosos por la justicia, con los raptos y aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia y diputado de la democracia, tenia algo del carácter de Graco, de don Juan Tenorio, de Catilina, de Guzman de Alfarache, del cardenal Richelieu y del de Retz, del calabera de la regencia y del salvaje de la revolucion, añadiendo á ese extraño conjunto el ser hijo de una familia desterrada de Florencia, que nunca se habia despojado enteramente de sus palacios armados y de aquellos grandes facciosos celebrados por Dante, familia connaturalizada en Francia, y en la que el espíritu feudal de la edad media de esta nacion, y el espíritu republicano de la edad media de Italia se hallaban reunidos en una sucesion de hombres verdaderamente extraordinarios.

La fealdad de Mirabeau campeando sobre el fondo de la belleza particular de su raza le daba el aspecto de algun severo personaje de los pintados por Miguel Angel, compatriota de los *Arrighetti*, en el Juicio final. Los huecos producidos por las viruelas en el rostro del orador parecian la escara que produce una quemadura. Parecia que su cabeza habia sido modelada para sostener una corona ó rodar en el patíbulo; sus brazos parecian destinados á comprimir un pueblo ó arrebatar una mujer. Cuando fijaba la vista en el pueblo sacudiendo sus crines, lo contenia; cuando levantaba su garra, la plebe se precipitaba furiosa. En medio del espantoso desorden de una sesion lo vi en la tribuna sombrío, feo é inmóvil, y me hizo pensar en el caos de Milton, impasible y sin forma en el centro de su confusion.

Dos veces me encontré con Mirabeau en un banquete; la una en casa de la sobrina de Voltaire, la señora marquesa de Villete, y la otra en el *Palais royal* con unos diputados de la oposicion que Chapelier me habia dado á conocer. Diré de paso que Chapelier fue al patíbulo en el mismo carro que mi hermano y M. de Malesherbes.

Al terminarse la comida empezaron á hablar acerca de los enemigos de Mirabeau, yo me encontraba á su lado, y como joven tímido y desconocido no habia hablado ni una sola palabra. Mirabeau me miró de frente con aquella espresion de vicio y de inteligencia, y po-

niéndome su anchurosa mano en el hombro, me dijo: «*Nunca perdonarán mi superioridad.*» Todavía siento la impresion de aquella mano como si Satanás me hubiese tocado con su garra de fuego (1).

Mirabeau se vendió á la córte y la córte lo compró en un momento que fue demasiado pronto para él y demasiado tarde para ella. El tribunal aventuró su celebridad por una pension y una embajada: Cromwell estuvo á punto de trocar su porvenir por un título y el diploma de la órden de la *Jaretiera*. No se apreciaba á sí mismo en mas á pesar de su soberbia. Desde aquella época la abundancia de numerario y de empleos ha hecho subir mas el precio de las conciencias.

La tumba eximió á Milton del cumplimiento de sus promesas y lo puso al abrigo de peligros que probablemente no habria podido vencer: viviendo habria puesto en evidencia su debilidad en el bien; la muerte lo dejó en todo el vigor del poder por lo tocante al mal.

CLUBS.

No faltaron facciosos y partidos en Inglaterra, ¿pero que tienen que ver los *meetings* de los santos, de los puritanos, de los niveladores ni de los agitadores con los clubs de la revolucion francesa? Ya he dicho en otra parte (*Génio del Cristianismo*) que Milton puso en el infierno una imágen de las perversidades que habia presenciado, ¿Qué cuadro seria el suyo si hubiese visto todo lo que en París ví en 1792, cuando al volver de América atravesé la Francia para ir á mis destinos.

La fuga del rey (21 de junio de 1791) hizo dar un inmenso paso á la revolucion. Habiendo vuelto á ser traído á París en 23 del mismo mes, se vió destronado por primera vez por haber la asamblea nacional declarado que los decretos tendrian fuerza de ley sin necesidad de la sancion ó aceptacion régia. Un alto tribunal de justicia, abriendo el paso al tribunal revolucionario, se estableció en Orleans. Desde aquella época empezó Madama Roland á pedir la cabeza de la reina en tanto que la revolucion no pedía la suya. El motin del Campo de Marte tuvo lugar contra el decreto que suspendía al rey de sus atribuciones, en vez de sujetarlo á un enjuiciamiento. La aceptacion de la constitucion en 14 de setiembre no consiguió calmar la eferescencia. El decreto de 29 de setiembre concerniente al reglamento de las sociedades populares, aumentó el violento carácter de estas y fue el último acto de la asamblea Constituyente que se disolvió á las veinte y cuatro horas de haberlo dado y dejó una eterna revolucion á la Francia.

La asamblea Legislativa instalada en 1.º de octubre de 1791, se agitó en el torbellino que iba á arrasarse todo lo existente. Sangrientas turbulencias estallaron en los departamentos; en Caen se saciaron de matanza y se comieron el corazon de Mr. Belzunze. El rey opuso su veto al decreto contra los emigrados, y este acto legal aumentó el tumulto. Pethion desempeñaba la primera autoridad municipal de París. Los diputados decretaron la acusacion (1.º enero 1792) de los príncipes emigrados: al dia siguiente fijaron en la fecha del anterior el principio del año IV de la libertad. En 13 de febrero empezaron á verse gorros colorados por las calles de París, y la municipalidad mandó construir picas. El manifiesto de los emigrados apareció en 1.º de marzo. Austria empezaba á ponerse sobre las armas; eran ya conocidos el tratado de Pilnitz y el convenio entre el emperador y el rey de Prusia. París estaba dividido en secciones mas ó menos hostiles las unas de las otras. En 20 de marzo de 1792 adoptó la asamblea Legislativa la máquina

(1) Mirabeau se jactaba de tener hermosas manos; no me opongo á que así fuese, pero yo era tan delgado y él tan gordo que con su mano me cubrió enteramente el hombro.

sepulcral, sin la que no habrían podido llevarse á cabo las sentencias del terror: hicieron los primeros ensayos de esa máquina en cadáveres, como para instruirse en los misterios de la muerte. Bien se puede hablar de la guillotina como de un verdugo, pues no faltaron personas que admirando sus buenos servicios le hacían donativos para que siempre se mantuviera en buen estado.

El ministro Roland (ó mas bien dicho su sorprendente mujer) había sido llamado al consejo del rey. En 20 de abril se declaró la guerra al rey de Hungría y de Bohemia. Marat á pesar del decreto que sobre él pesaba, publicó el *Amigo del Pueblo*. Los regimientos Real-alemán y Berchini desertaron. Isnard habló de la perfidia de la corte. Gensonne y Brissot denunciaron el comité austriaco. Estalló una insurrección con motivo de la Guardia del rey que fue licenciada. El palacio de las Tullerías fue forzado en 29 de junio por el pueblo de los arrabales de San Antonio y San Marceau, fundándose en que Luis XVI no quería sancionar la proscripción del clero: la vida del monarca corrió gran riesgo. Se declaró que la patria estaba en peligro. Mr. de Lafayette fue quemado en efigie. Llegaron los individuos de la segunda confederación, los marseleses que vinieron atraídos por Danton entraron en París el 30 de julio y fueron alojados por Pethion en el convento que había sido de los franciscanos.

Cerca de la tribuna nacional se establecieron dos tribunas auxiliares. La una en el edificio de los Jacobinos y la otra en el de los Franciscanos, que entonces era la mas temible, porque de su seno salieron miembros para la famosa municipalidad de París, y porque suministraba á ésta medios de acción.

El club de los Franciscanos tomó esta denominación por haberse instalado en un convento que en tiempo de San Luis (1239) se edificó por los religiosos de San Francisco en reparación de un asesinato; en 1580 fue reducido á ceniza, y en 1590 se convirtió en guarida de los mas acérrimos partidarios de la Liga. En 1792 fueron violentamente arrancados los cuadros, las imágenes esculpidas ó pintadas, los altares y hasta las cortinas de ese convento, y la iglesia no presentaba ya á la vista mas que el desnudo armazon de su fábrica, á manera de un esqueleto descarnado. En el sitio donde antes estuvo el altar mayor y donde en la época á que nos referimos penetraban cómodamente el viento y la lluvia al través de las grietas de los muros y de las ventanas despojadas de vidrios, se colocaron los bancos de un panadero que servían de mesa al presidente del club cuando celebraba sus sesiones en aquel desolado recinto. Aquellos bancos servían además para percha de los gorros colorados con uno de los cuales tenía indispensablemente que adornar su cabeza el orador antes de subir á la tribuna. Esta consistía en cuatro pequeñas vigas arqueadas que en el punto de seccion de la tabla que las unía, remediaban bastante bien la forma de un patíbulo. Destrás del presidente se elevaba la estatua de la libertad sobre un trofeo de los supuestos instrumentos de la antigua justicia, que tan ventajosamente acababan de ser refundidos en una sola máquina. El club de los Jacobinos *puros* adoptó algunas de las disposiciones del que se acaba de describir.

Los oradores intimamente unidos para destruir, no se entendían ni en lo tocante á la eleccion de los jefes, ni en lo relativo á los medios que se habían de emplear, y en tales casos se apostrofaban con nombres que el decoro no permite decir, acompañados de silbidos y horreadas exclamaciones de los diversos grupos de diablos que los rodeaban. Metáforas tomadas de los objetos mas hediondos, del cieno de los muladares y de los sitios consagrados á la prostitucion, resonaban á cada punto, acompañadas de asquerosos gestos que hacían mas significativa su espresion; á

todo por asqueroso que fuera se le daba su verdadero nombre con un cinismo nunca visto y una obscena é impía pompa de juramentos y blasfemias: destruir y producir, muerte y generacion eran las únicas ideas que cualquiera podía fácilmente comprender en medio de aquella gerga salvaje. Los oradores de voz aguda ó retumbante eran con frecuencia interrumpidos por otros gritos que los de la oposicion, por los graznidos de los mochuelos que anidándose en aquellos claustros sin frailes, y en aquella torre sin campanas se asomaban á las grietas de las paredes é interrumpían las arengas con la esperanza de la presa. Alguna vez era tal el ruido de esas siniestras aves, que no alcanzando la campanilla del presidente á reducir las al orden se les disparaban tiros, que tal vez hacían caer alguna de ellas palpitante, herida y siniestra en medio de aquel Pandemonium. Pedazos informes de viga, bancos rotos, sillas de coro mutiladas, y estatuas de santos arrastradas por el suelo y arrojadas á la pared, servían de escaño á los concurrentes enlodados, cubiertos de polvo, ébrios, anhelantes, con los vestidos desgarrados y la pica sostenida por los desnudos brazos cruzados sobre el pecho.

DANTON.

En aquellas escenas dominaba y solía tener la presidencia un hombre parecido á los salvajes de Atila, de talla elevada, de nariz aplastada, y mejillas surcadas de costurones. En la revolucion de Inglaterra apenas se conseguiría formar un tipo de ese género amasando juntamente un Bradshaw, presidente de la comision que sentenció á Carlos I; un Ireton, el famoso yerno de Cromwell; un Axtell, gran estermador en Irlanda; un Scott, que deseaba que se grabara en su tumba: *Aquí yace Tomás Scott que sentenció á muerte al difunto soberano, y un Harrison que dijo á sus jueces, Muchos de vosotros los que ahora me sentenciáis, habeis andado bastantes solícitos conmigo en las cosas que han sucedido en Inglaterra; lo que se hizo, se hizo por orden del Parlamento, que entonces era suprema ley.*

En el hueco de su iglesia, como en una cavernosa cavidad del esqueleto de los siglos, Danton organizó el ataque del 10 de agosto y las matanzas de setiembre; autor de la circular de su municipalidad, invitó á los hombres libres á repetir en sus departamentos las enormes atrocidades cometidas en los Carmelitas y en la Abadía. ¿Pero Sixto V no igualó por lo tocante á la salud del género humano la abnegacion de Jacobo Clemente con el misterio de la Encarnacion, así como compararon á Marat con el Salvador del mundo? ¿No escribió Carlos IX á los gobernadores de las provincias insinuándoles que imitarán la matanza de San Bartolomé, como Danton aconsejó á los patriotas que copiaran la matanza de setiembre? Los Jacobinos eran unos plagiarios, como lo demostraron al inmolarse á Luis XVI á la manera de Carlos I. Los crímenes que aparecen mezclados con el movimiento social del siglo último, han dado lugar á que muchos se figuren que aquellos produjeron las grandezas de la revolucion, de la cual en realidad no fueron mas que cancerosas escrescencias: de una hermosa naturaleza aspirante no se han admirado mas que las convulsiones.

En la época en que los niños jugaban con pequeñas guillotinas, y en que un hombre con gorro encarnado conducía los cadáveres al cementerio: en la época en que se daban vivas al infierno y á la muerte; en que se celebraban alegres orgías en nombre de la sangre, del acero y de la rabia y se brindaba al caos, era preciso llegar en fin al último banquete, á la última gracia del dolor.

Danton cayó en el mismo lazo que había armado: presentando ante el tribunal que había sido obra

suya, de nada le sirvió tirar bolitas de pan al rostro de los jueces, ni responder con valor y nobleza, ni hacer vacilar al tribunal revolucionario, ni llenar de espanto y poner en peligro á la Convencion, ni el raciocinar lógicamente acerca de las atrocidades á que sus mismos enemigos debían el poder.

Nada le quedó por hacer mas que mostrarse tan inexorable para su propia muerte como lo había sido para la de los demás, erguir la frente á mas altura que el cuchillo suspendido para cortarla. Desde el teatro del Terror, á cuyo pavimento sus pies quedaban adheridos por la cuajada sangre de las víctimas del día anterior, Danton dirigió una mirada de desprecio sobre la multitud, y luego dijo al verdugo: «No dejes de enseñar mi cabeza al pueblo; pues bien lo merece.» La cabeza de Danton quedó entre las manos del ejecutor, en tanto que la sombra acéfala se fué á confundir con las sombras decapitadas de sus víctimas. Así se consumó la igualdad.

PUEBLO DE LAS DOS NACIONES EN LA ÉPOCA REVOLUCIONARIA.—ALDEANOS REALISTAS INGESES.

El pueblo inglés colocado detrás de los Hampden y los Ireton, no tenía nada de la fuerza del pueblo que marchaba con los Mirabeau y Danton; de ese pueblo que tan magníficamente cumplió con su deber en la frontera que rechazó las naciones extranjeras á sus propios hogares, cuyo fuego apagaron con su sangre, cuando presumían haberse sentado en los del pueblo francés y beber el vino en sus bodegas. El pueblo tomado colectivamente es un poeta; actor ó autor del drama que representa ó hace representar, puede decirse que no comete excesos tanto por un instinto de crueldad nativa, como por el delirio de una multitud enajenada con la vista del espectáculo, especialmente si es trágico: es indudable que en los horrores populares hay siempre algo de superfluo tanto en el cuadro como en las emociones.

En Inglaterra hubo guerras civiles ¿pero se parecen algo á las provincias del Mediodía de Francia? Prodigioso era el pueblo francés aun allí mismo donde se estaba desgarrando con sus propias manos. Pero por de pronto fijemos una mirada en el pueblo inglés.

La causa de Carlos I y su hijo produjo valerosos defensores en las poblaciones agrícolas. El arrendador Pendrell, ó mas bien Pendrill y sus cuatro hermanos conquistaron un noble puesto en la historia. Existe un pequeño libro intitulado *Bosbel* ó sea *Compendio de lo que pasó en el memorable retiro de S. M. (Carlos II) despues de la batalla de Worcester*: en ese libro se encuentra consignada la lealtad de los Pendrill. Habiendo Carlos II partido de Worcester en 3 de setiembre del 1651 á las seis de la tarde, despues de haber perdido la batalla llegó á las cuatro de la mañana á Boscobel con el conde Derby. «Llamaron en la oscuridad, dice la relacion, á la puerta de una quinta Pendrill, aldeano católico y mayoral de una quinta llamada White-Ladies (Damas blancas) perteneciente á un monasterio de monjas Bernardinas distante un tiro de piedra de aquel punto.

El arrendador recibió á su joven rey con peligro de la vida. «En el acto, sigue diciendo la relacion, cortaron el cabello al rey y procuraron ennegrecerle las manos: escondieron el vestido que traía y le bicieron tomar uno de aldeano: con tujeronlo al bosque y allí se encontró solo en un lugar desconocido y con una podadera en la mano. Aquel día, sin duda por estar el tiempo húmedo, Carlos no vió nadie mas que la cuñada de Pendrill que le trajo algo para cubrirse y la comida. Cuando el rey no podía salir de la quinta por causa de algun peligro, le escondían en un recinto secreto que servía para celebrar

»misa á los sacerdotes católicos. Ese recinto existía en una especie de cabaña llamada Hobbal donde habitaba Ricardo Prendrill, uno de los cuatro hermanos de Guillermo.

Habiendo querido Carlos II ir á Londres, Ricardo Prendrill le sirvió de guía; pero no pudieron verificarlo porque todos los caminos estaban tomados por el enemigo. «La arena que había entrado en los zapatos del rey le había ensangrentado los pies y la noche era tan oscura que hallándose á dos pasos de distancia de Ricardo no podía distinguirlo, y le seguía únicamente por el ruido que hacia al marchar. Regresaron á Boscobel antes de ser de día. Ricardo escondió al rey en unas malezas, y fué á ver si había soldados en la quinta: no había en ella sino un solo hombre, y este era el coronel Carless.»

Aquí cambio de historiador: hubo un hombre que fue amigo mio y de Mr. de Fontanes; no sé si en el fondo de la tumba me perdonará el que yo revele la noble y pura existencia que ocultó. Solo algunos artículos, que no firmaba, publicó en diversos periódicos y en ellos se encuentra un exámen del libro que hemos mencionado. Sea lícito á mi amistad citar algunos cortos fragmentos que no podran menos de interesar á las personas sensibles al verdadero mérito: aquellos artículos son la única huella que un talento solitario é ignorado ha dejado de su tránsito por el mundo.

«Carless, dice Mr. Joubert, era uno de los mas ilustres jefes del ejército del rey y en la jornada de Worcester combatió hasta el último instante. Al ver que todo estaba perdido se colocó intrépidamente con el conde de Clives y Jacobo Hamilton en una de las puertas de la ciudad conquistada para detener al vencedor y proteger la marcha de los vencidos. Conservó aquel puesto que él mismo se había asignado, hasta que pudo creer que el rey había tenido tiempo de alejarse y ponerse fuera de peligro. Entonces pensó en retirarse: fué á buscar un asilo en sus propios hogares, no teniendo noticia de lo que al rey le habría sucedido y pensando que acaso ya nunca le volvería á ver. La suerte se lo presentó impensadamente á la vista.

«Júzguese cual sería la alegría de ambos por ese encuentro inesperado. Entonces fue cuando se ocultaron en aquella famosa encina, que en lo sucesivo llamó tanto la atencion, y que la gente del país enseñaba á los viajeros diciéndoles que había sido el palacio del rey. Tan espeso era el follaje de aquella encina que bien habrían podido veinte hombres guarecerse bajo su sombra. Carlos abrumado de fatiga tenía necesidad de dormir, no se atrevía á hacerlo suspendido en las ramas de aquel árbol, ni tampoco podía abandonarlo sin aventurarse á ser conocido. Carless era robusto, y remedió ese inconveniente: cogió al rey en sus brazos, lo estrechó contra su pecho y sosteniéndolo con sus manos vigorosas le proporcionó momentos de sueño en lo alto de las ramas.»

«¡Qué interesante espectáculo! Aquel príncipe en la flor y en la fuerza de la juventud reducido por el sueño á la debilidad de la infancia, sumergido en profundo sueño con el abandono de esa edad, dormido tranquilamente en medio de tantos peligros entre los brazos de un hombre austero, de un guerrero atento y vigilante por la vida de su rey de edad de veintinueve años y empleando en su obsequio toda la tierna solicitud de una madre! Bien se ve que los sitios, los árboles y los bosques tienen su destino como los hombres.

«Carlos no permaneció mucho tiempo en Boscobel. Hallándose cierto día en el comedor de una posada, fue conocido al quitarse el sombrero para saludar á la dueña de la casa, por uno de los criados. Este hombre le habló en secreto, y rogándole que tuviese á

«bien bajar con él á la bodega, llenó una copa y brindó por la prosperidad del rey. Sé quién sois, le dijo aquel criado poniendo una rodilla en tierra: sé que sois el rey y os juro ser fiel hasta la muerte.»

De esta manera hacia revivir escenas olvidadas el amigo que he perdido, el amigo que ha ido ya á reunirse con los hombres de otros tiempos.

—¿No parece esto un episodio de las guerras del Mediodía de Francia durante la revolución? La lealtad parece ser una de las virtudes de la antigua religion cristiana. Los Pendrill conservaban el culto de sus antepasados, tenían un asilo secreto donde el sacerdote celebraba misa, y un rey protestante encontraba inviolable asilo al pie del antiguo altar católico. Para completar la semejanza diremos que la condesa de Derby, que tan valerosamente defendió la isla de Man, y que fue la última persona de los tres reinos que se sometió á la república, pertenecía á la familia de La Trémoille: el príncipe de Talmont fue una de las últimas víctimas de las guerras vendeanas.

RETRATO DE UN VENDEANO.

De todas maneras los leñadores de Boscobel, cerca de la *encina real* que ya ha venido al suelo, los Pendrill son verdaderos paisanos vendeanos.

Cierta dia (en 1798) encontré en casa del encargado de negocios de los príncipes franceses en Londres una multitud de vendedores de contrarrevoluciones.

Oscurecido entre esa multitud se veía un hombre como de treinta á cuarenta años en quien nadie reparaba y que á su vez tampoco fijaba la atención mas que un grabado que representaba la muerte del general Wolf. Habiéndome chocado el ademán de aquel hombre traté de saber quién era. Una de las personas á quien hice preguntas me contestó: «no es nada, es un paisano de la Vendée que trae una carta de uno de sus jefes.»

Aquel hombre que *no era nada* había visto morir á Cathelineau primer general de la Vendée y Labrador como él; á Bonchamp en quien Bayardo revivia, á Lescure, armado de un cilicio que no estaba á prueba de bala; á D'Elbée, fusilado en su sillón, porque sus heridas no le permitían abrazar de pie á la muerte; á La Rochejaquelein, cuyo cadáver fue mandado *verificar* por los patriotas á fin de quitar á la Convención el temor que en medio de sus victorias sobre la Europa les causaba. Aquel vendeano que *no era nada* se había hallado en tomas y pérdidas de ciudades, fortificaciones y reductos, en setecientas acciones parciales y diez y siete batallas: había combatido contra trescientos mil hombres de tropas disciplinadas, y seiscientos ó setecientos mil francos y nacionales: había ayudado á quitar al enemigo quinientos cañones y ciento cincuenta mil fusiles: había atravesado las *columnas infernales*, compañías de incendiarios capitaneadas por miembros de la Convención: se había encontrado en medio del océano de fuego que por tres veces arrastró sus olas por los buques de la Vendée, y finalmente había visto perecer trescientos mil Hércules del arado, compañeros de sus trabajos y cambiarse en un desierto de cenizas cien leguas cuadradas de un país fértil.

Las dos Francias se encontraron en aquel palenque nivelado por ellas mismas. Toda la antigua Francia con lo que quedaba aun de la sangre y del recuerdo de las Cruzadas, luchó contra la nueva sangre y contra las esperanzas de la Francia conmovida por la revolución.

Los vencedores comprendieron muy bien la grandeza de los vencidos: Thurot, general de los republicanos declaró que «los vendeanos ocuparían en la historia el primer puesto entre los pueblos guerreros.»

Otro general escribió á Merlin de Thionville di-

ciendo: «Soldados que han batido á semejantes franceses bien pueden lisonjearse de vencer á todos los demás pueblos.» Las legiones de Probo en sus cantos maaciales decían otro tanto de los antepasados de esos franceses.

Buonaparte llamó *combates de gigantes* á los combates de la Vendée.

Entre la turba de concurrentes, yo era el único que contemplaba con admiración y respeto al representante de aquellos paisanos que congregados antiguamente con el nombre de *Jacqueria* para sacudir el yugo feudal, rechazaron eso no obstante, la invasión extranjera en tiempo de Carlos V (el *sabio*): parecíame estar viendo un hijo de aquellas municipalidades del tiempo de Carlos VII que con la pequeña nobleza provincial reconquistaron palmo á palmo y surco á surco el suelo de Francia. Aquel vendeano ostentaba el aire de indiferencia de un salvaje su mirada era severa é inflexible como una vara de hierro, notábase en su labio inferior un ligero estremecimiento producido tal vez al apretar los dientes; pendían los mechones de sus cabellos como serpientes entumecidas, pero dispuestas á erigir la cabeza y sus brazos caídos comunicaban de cuando en cuando sacudimientos nerviosos á las anchurosas manos desfiguradas de sablazos: era el tipo de un serrador.

Su fisonomía revelaba una naturaleza rústica puesta por el poder de las costumbres al servicio de intereses é ideas que le eran contrarias, la cándida lealtad del vasallo y la sencilla fe del cristiano se mezclaban en aquella expresión con la ruda independencia popular acostumbrada á conocerse y apreciarse en su justo valor. La idea de libertad no parecía campar en aquella frente sino por el convencimiento de la fuerza de su mano y de la intrepidez de su corazón. Permanecía mudo como un león, se rascaba como un león, bostezaba como un león, se apoyaba en sus piernas como un león cansado, y probablemente no cruzaban por su mente mas que ideas de sangre y de bosques: su inteligencia venía á ser como la de la muerte.

¡Qué hombres produjo en todos los partidos la Francia de aquella época! ¡Qué raza la de la actualidad!

Pero los republicanos tenían su principio en sí mismos, en medio de ellos, en tanto que el principio de los realistas estaba fuera de Francia.

Los vendeanos enviaban diputados á los proscritos; los gigantes pedían caudillos á los pigmeos. El agreste mensajero que yo estaba contemplando, era uno de los que habían cogido á la revolución por el cuello y estaban gritando:

«Entrad, pasad detrás de mí; no puede hacer os ningún daño: no se moverá, porque la tengo bien sujeta.»

Pero nadie se atrevió á pasar: en vista de eso el buen aldeano soltó la revolución, y Charette rompió su espada.

CROMWELL.—BUONAPARTE.

Al librarse de aquellas manos rústicas la revolución, cayó en la de los soldados: Buonaparte se arrojó sobre ella y la encadenó.

Ya he medido la altura de ese hombre extraordinario con la de Washington: falta ver si Napoleon tuvo equivalente en Inglaterra en la persona del Protector.

Cromwell tuvo á un mismo tiempo algo de sacerdote, de tirano y de grande hombre: su genio reemplazó para su país la libertad.

Era demasiado enérgico para conseguir crear otro poder que no fuera el suyo: arruinó las instituciones que encontró existentes como Miguel Angel rompió el mármol con su cincel.

Puesto en lugar de Napoleon, ¿habría el vencedor de los irlandeses y escoceses vencido á los austriacos, á los prusiacos y á los rusos?

Cromwell no creó instituciones como Buonaparte, ni dejó un código y una administración que dirige en Francia y en la mayor parte de Europa.

Napoleon dió á la reacción una fuerza exagerada, pero pudo disculparse en la necesidad de sofocar el desorden, su vigoroso brazo dió escésivo empuje á la espada y mató la libertad que estaba detrás de la anarquía. Los pueblos vencidos han considerado á Napoleon como un azote; el azote de Dios tiene algo de la eternidad y de la grandeza de la indignación de donde dimana. *Ossa arida... dabo vobis spiritum et vivetis.* (Huesos áridos os daré espíritu y vivireis). Ese espíritu, esa fuerza se manifestó en Buonaparte mientras le duró la vida.

Nacido en una isla para ir á morir á otra en el límite de tres continentes, arrojado en medio de los mares donde Camoens pareció haber profetizado colocando en ellos el genio de las tempestades, Buonaparte no podía hacer el mas pequeño movimiento en su roca que nosotros no hubiéramos sentido por medio de un sacudimiento: el paso de aquel nuevo Adamastor en un polo se dejaba sentir en el opuesto.

Si Napoleon librándose de las manos de sus carceleros se hubiera retirado á los Estados-Unidos, sus miradas fijas en el Océano habrían bastado para turbar los pueblos del antiguo mundo.

Su sola presencia en la playa americana del Atlántico, habría hecho acampar la Europa en la orilla opuesta.

Dícese que cuando Napoleon dejó por segunda vez la Francia, habría debido sepultarse entre las ruinas de su última batalla.

Lord Byron en su oda satírica contra Napoleon decía:

To die a prince—or live a slave
Thy choice is most ignobly brave.

(Morir rey ó vivir esclavo, tu elección es innoblemente rara).

Eso era no saber apreciar toda la fuerza de la esperanza en un alma acostumbrada á la dominación é inflamada por el porvenir.

Lord Byron creyó que el dictador de los reyes había abdicado su celebridad al dejar su espada, y que iba á oscurecerse en el olvido; lord Byron debió saber que el destino de Napoleon, como todos los grandes destinos, era una musa que supo cambiar el desenlace abortado en una peripecia, y renovar y rejuvenecer á su héroe.

La soledad del destierro y de la tumba de Napoleon, dió á su brillante memoria nueva clase de prestigios.

Alejandro no murió en concepto de la Grecia; no hizo mas que desaparecer en las magníficas lontananzas de Babilonia. Napoleon tampoco murió en concepto de los franceses, se ha confundido en los espléndidos horizontes de la zona tórrida.

El hombre de una realidad tan poderosa se ha evaporado á la manera de un sueño; su vida que pertenecía á la historia, se ha exhalado en la poesía de su muerte.

Allí está eternamente dormido como un ermitaño ó como un paria, bajo un sauce en un estrecho valle rodeado de rocas escarpadas al extremo de una desierta senda.

La grandeza del silencio que le rodea es igual á la inmensidad del rumor que le acompañó en otro tiempo.

Las naciones se hallan ausentes; su multitud se ha retirado.

El ave de los trópicos, *uncida*, como magníficamente dice Buffon, *al carro del sol*, se precipita des-

de el astro de la luz, y descansa un momento sobre aquellas cenizas, cuyo peso ha estremecido los ejes del mundo.

Buonaparte atravesó el Océano para ir á su último asilo, sin fijar mucho la atención en aquel hermoso cielo que tanto dió que admirar á Cristóbal Colon, á Vasco y á Camoens. Recostado en la popa del navío, no echaba de ver que sobre su cabeza brillaban constelaciones no conocidas, cuyos rayos se encontraban por primera vez con sus poderosas miradas.

¿Qué le importaban á Napoleon aquellos astros que nunca había visto desde sus campamentos, y que nunca habían brillado sobre su imperio?

Y sin embargo, ninguna estrella faltaba á su destino: la mitad del firmamento había alumbrado su cuna; la otra mitad se reservaba para derramar luz sobre su tumba.

LOVELACE.

MI ARRESTO EN LA PREFECTURA DE LA POLICÍA.—GOD SAVE THE KING.

Al volver al través de estos incidentes políticos á la literatura, y tomándola desde el principio de la restauración de Carlos II, en cuya época hemos visto morir á Milton, ocurre por de pronto una observación.

En el combate que se dieron la monarquía y el pueblo, Milton fue el poeta del partido republicano, y Lovelace el bardo del principio monárquico: de ahí puede inferirse la energía de ambos partidos.

Lovelace encerrado por orden de la autoridad en Gat-House, en Westminster, compuso una elegante y leal canción repetida mucho tiempo por los *Cabaleros*.

«Cuando me veo encerrado como un pardillo, canto con voz mas aguda la mansedumbre, la dulzura, la magestad, y la gloria de mi rey.»

«Cuando con toda la fuerza de mi alma proclamo cuán bondadoso y cuán grande es mi soberano, los desencadenados vientos que agitan el mar, no son tan libres como yo.»

«No constituyen una prision las paredes de piedra, ni las verjas de hierro una jaula; todo eso para un espíritu inocente y sereno, no es mas que una soledad.»

«Si soy libre en mi amor, si soy libre en mi alma, solo los ángeles que vuelan por las celestiales moradas, disfrutan de una libertad semejante á la mía.»

¡Nobles y generosos pensamientos! Sin embargo, no han conseguido inmortalizar á su autor, en tanto que el apologista del asesinato de Carlos I, ocupa un puesto al lado de Homero. Mas hay que tener presente que Lovelace no tenía el número de Milton, y que además pertenecía por su condicion á los sistemas que habían perdido ya su influencia. La lealtad es siempre admirable; pero las actuales generaciones apenas comprenden esa abnegación en un individuo, esa virtud, encerrada en los límites de un sistema ó de un afecto particular: poco afecta el honor á esas generaciones, sea porque carezcan del necesario para comprenderlo, sea porque no tienen simpatías sino con la humanidad tomada en el sentido general, que dicho sea de paso, justifica todas las cobardías.

Montrose no era, como el cardenal de Retz ha dicho, un personaje de Plutarco: era uno de esos hombres que el siglo que pasa deja en pie como para testigos del siglo que viene: las antiguas virtudes de tales hombres son tan hermosas como las nuevas; pero son estériles; plantadas en una tierra árida puede decirse que las costumbres nacionales no las fecundizan.

El coronel Ricardo Lovelace, lleno de mil interesantes cualidades, que tal vez sirvieron de pretesto á

Richardson para tomar su nombre en recuerdo de ellas, murió abandonado en la oscuridad y la miseria. Sin ser joven ni hermoso como el coronel Lovelace, yo también me he visto encerrado.

Los gobiernos que desde 1800 á 1830 habían dominado en Francia, todos dispensaron alguna consideración hácia el servidor de las musas; Buonaparte, á quien atacé violentamente en el *Mercurio*, tuvo intención de matarme; levantó sobre mi cabeza la espada, pero no la descargó.

Un ministerio generoso, liberal, y compuesto en su mayor parte de poetas, escritores y periodistas, es el único que se creyó dispensado de toda consideración con su antiguo camarada, y decretó mi prisión.

La ratonera en que me metieron tenía mas de largo que de ancho, y su altura era siete ú ocho pies. En sus desnudas y mugrientas paredes, se leían versos á inscripciones puestas por los anteriores huéspedes. Un tablado cubierto con asquerosos paños, llenaba las tres cuartas partes de aquella vivienda, y una tabla sostenida por dos listones, colocada á dos pies de altura del tablado, en la pared, servía de guarda ropa. El resto del ajuar se componía de una silla, una mesa, y un barrilito destinado á infames usos.

A bastante altura del suelo había una ventana con fuertes barras de hierro, por entre las cuales poniéndome de pie en la mesa, podía yo respirar el aire libre, y tender las miradas fuera de la prisión. Desgraciadamente aun así no alcanzaba á ver desde aquel verdadero calabozo de ladrón, mas que un patio sombrío rodeado de altas y negras paredes, alrededor de las cuales andaban revoloteando los murciélagos. Con bastante frecuencia oía el sonido de las llaves y las cadenas, el crujir de las puertas y los cerrojos, la ingrata voz de los carceleros y espías, el paso de los soldados, el ruido de las armas, los gritos, las carcajadas, y los licenciosos cantares de los presos, y sobre todos los aullidos de un tal Benito, condenado á muerte por asesinato de su madre y de su obscuro amigo.

Entre las confusas exclamaciones que el terror y el arrepentimiento arrancaban á este desgraciado, le oía muchas veces decir: ¡ Ah! ¡ madre mía! ¡ Pobre madre mía!

De este modo empecé á ver el reverso de la sociedad, las llagas de la humanidad, y las hediondas máquinas que hacen mover el mundo tan hermoso á la vista cuando el telón cubre sus defectos.

No se me apareció el genio de mis grandezas pasadas, ni de mi gloria de treinta años de edad; pero mi musa de otros tiempos, tan pobre como desconocida de todo el mundo, vino radiante á abrazarme por la ventana: estaba encantada y llena de inspiración al verme en aquel sitio, al encontrarme como me había conocido en mi miseria de Londres, cuando los primeros sueños de René flotaban en mi cabeza.

¿Qué íbamos á hacer ahora la solitaria del Pindo y yo? ¿Una canción á la manera de Lovelace? ¿Sobre qué asunto? ¿Sobre un rey? ¡No! ¡La voz de un preso habría sido de mal agüero: del pie de los altares es de donde hay que elevar himnos á la desgracia. Además sería preciso ser un gran poeta para que el mundo le escuchara al decir:

«¡Oh tú, humilde objeto de las miradas del mundo, privado de las paternales miradas, recibe el homenaje solemne de mi profunda piedad! ¡Tú que has nacido en el sufrimiento, ojalá puedas consolar el largo dolor de tu madre y de la Francia! (1)»

No canté pues, la corona caída de unas sienes inocentes, y me contenté con hablar de otra corona también blanca, puesta en el féretro de una joven.

«Duermes, ¡oh pobre Elisa, tan ligera de años! No sientes ya ni el peso, ni el calor del día: Tus auroras

(1) V. Hugo, *Odas y Baladas*.

han pasado como las de una flor que se marchita al abrirse.»

El señor prefecto de policía, de cuyo procedimiento no puedo hablar sino con alabanza, me ofreció un asilo mejor así que supo el sitio de placer donde mis amigos de la libertad de imprenta habían tenido la bondad de alojarme, por haber hecho uso de aquella libertad. La ventana de mi nuevo recinto daba á un hermoso jardín. No cantaba en sus árboles el pardillo de Lovelace; pero en recompensa había una multitud de gorriones vivarachos, gárrulos, atrevidos y disputadores; en todas partes se encuentran, en el campo, en las calles, en la cornisa de una iglesia, en los aleros de la prisión... lo mismo se balancean sobre un instrumento de muerte que en las ramas de un rosal. ¿A quien puede volar, qué le importan los sufrimientos de la tierra?

No vivirá mi canción como la de Lovelace. Los partidarios de Jacobo no dejaron á la Inglaterra mas que el *God save the king*. La historia de la música de ese himno es singular; atribúyese á Lully: las jóvenes de los coros de Ester encantaron en Saint-Cyr, el oído y el orgullo del gran rey con la armonía del *Domine salvum fac regem*. Los servidores de Jacobo llevaron esa magestuosa invocación á su patria, y la dirigían al dios de los ejércitos cuando iban á combatir por su soberano desterrado. Los ingleses de la facción de Guillermo se admiraron de la hermosura de aquel canto de los leales, y se lo apropiaron. Quedó por consiguiente como patrimonio de la usurpación y del pueblo, que hoy sin saberlo repite un canto extranjero, el himno de los Estuardos, el cántico del derecho divino y de la legitimidad. ¿Cuánto tiempo seguirá aun la Inglaterra suplicando al Soberano de los hombres *salve al rey*? ¿Contad las revoluciones acumuladas en una docena de notas músicas que les sobreviven!

El *Domine salvum* del rito católico, es también un canto admirable; entonábanlo en griego durante el siglo x, cuando el emperador de Constantinopla se presentaba en el hipódromo. Del circo pasó á la Iglesia: otra época terminada.

PROSA.

TILLOTSON. — TEMPLE. — BURNET. — CLARENDON. — ALGERNON. — SIDNEY.

Con el reinado de Carlos II se consumó una revolución en el gusto y en el estilo de los escritores ingleses. Abandonando las tradiciones nacionales principiaron á tomar algo del carácter y regularidad de la literatura francesa. Carlos en sus correrías adquirió cierta inclinación á las costumbres extranjeras. Madama Henriqueta, hermana del rey; la duquesa de Portsmouth, querida del mismo, Saint-Evremond, y el caballero de Grammont emigrados en Londres impeliéron mas y mas la restauración de los Estuardos á la imitación de la corte de Luis XIV: la prosa ganó en ese movimiento recibido del exterior; pero la poesía perdió.

Tillotson purificó el lenguaje del púlpito sin elevarlo á la elocuencia. El caballero Temple fue el Ossat de Inglaterra; pero mas inferior á este eminente diplomático francés por sus miras y por el estilo de sus *Observaciones Misceláneas* y *Memorias*. Loque se distinguió en la filosofía, y Hamilton, modelo de elegancia y de gracia en la literatura propiamente dicha; Shaftesbury, discípulo de Locke é hijo de un padre corrompido, figuró también en el mismo terreno, mereciendo elogios por parte de Voltaire sin duda por su común animosidad contra la religión cristiana. Las obras de ese autor han sido reunidas con el título de *Characteristics of men*. Las ideas que en ellas dominan, además de estar espresadas en un estilo confuso,

han caído en el terreno de las vulgaridades por el continuo adelanto de los años.

Burnet escribió la historia de la reforma de Inglaterra de un modo parcial y caústico, pero interesante; su mayor gloria es haber sido refutado por Bossuet. Burnet era un solemne embrollador y faccioso á la manera de los partidarios de la *Fronde*: en sus *Memorias* no brilla el candor revolucionario de Witellocke, ni la exaltación republicana de Ludlow.

El nombre de Claredon despierta el doble recuerdo de la ingratitud régia, y de la ingratitud popular. La *Historia de la rebelión* es una obra en que las huellas del talento desaparecen bajo la impresión de la virtud. Algunos retratos están vivamente iluminados; pero en general pertenecen al género fácil, en el que á cualquiera medianía le es dado sobresalir. El autor se está reflejando continuamente en sus cuadros: el lector se cansa de encontrar por todas partes su imagen.

Algernon Sidney creó el lenguaje político: sus *Discursos sobre el gobierno* han envejecido ya: Sidney es un gran nombre; pero no una gran celebridad. La muerte trágica del hijo del conde Leicester es el hecho aparente que dió cuerpo á los principios aun no definidos en la indeterminada oposición de los *wighs*. Dalrympe y después de él Mr. Mazure han demostrado los desatinos de Sidney: tenía la desgracia de recibir dinero del gabinete francés. Luis XIV hacia la mala jugada de derribar á Jacobo cuando creía que estaba poniendo en el trono á Carlos: la corrupción de su política llevaba en sí misma el castigo. En Bacon la integridad no corría parejas con la ciencia y en Sidney el desinterés no estaba al par de la firmeza. ¿Dios nos libre de triunfar de las miserias de que no se eximen las naturalezas mas elevadas! El cielo no da talentos ó virtudes sino con la pensión de flaquezas, especie de expiación ofrecida al vicio, á la tontería y á la envidia. Las debilidades de un hombre eminente son aquellas víctimas negras, *nigræ pecudes*, que la antigüedad sacrificaba á los dioses infernales, que nunca se dejaban llegar á desarmar.

La revolución de 1688 surgió del cadalso de Sidney en el vapor de la sangre del holocausto: hoy vuelve á caer el sangriento rocío y la Inglaterra de 1688 va desapareciendo.

POESIA.

DRIDEN. — PRIOR. — WALTER. — BUKINGHAM. — ROSCOMMON. — ROCHESTER. — SHAFTESBURY, ETC.

Parece una paradoja el afirmar que la poesía inglesa padeció una invasión del gusto de la literatura francesa en el momento mismo en que Dryden apareció en la escena; pero sabido es que todo idioma que se despoja de su originalidad para entregarse á la imitación, se gasta, aunque sea perfeccionándose. ¿A qué distancia Shakespeare y Milton, que en sus producciones procuraron ser siempre ingleses, no dejan detrás de sí á los Dryden!

El espíritu de la revolución de 1649 había sido la exaltación religiosa y la austeridad moral; y el de la restauración del 1660 fue la indiferencia y el libertinaje. «Tú eres el súbdito mas pícaro de mi reino; decía Carlos II á Shaftesbury. — Asi es, señor, respondió el cortesano: Vuestra Magestad no es súbdito.»

Tales reacciones son inevitables: la corrupción de la regencia vino en pos de la apatía de la última época del reinado de Luis XIV. Al salir del terror, la impudicia fue completa: los cadáveres todavía cálidos ó palpitantes de los padres con sus cabezas al brazo ó á los pies, vieron bailar alegremente á sus hijos.

Dryden dió á la poesía el carácter normal que se echa de ver en todos los idiomas civilizados en que el arte sujeta á reglas á la naturaleza. Pope caracteriza el mérito de Dryden diciendo: «Dryden enseñó á unir

el metro variado, el verso lleno de armonía, el largo y magestuoso período y la energía divina.»

Este juicio revela que ha pasado ya enteramente el siglo libre del autor del *Macbeth* y ha llegado el siglo académico de Boileau.

Dryden es también el fundador de la crítica entre sus compatriotas: todavía son leídos con gusto sus diálogos sobre la poesía dramática. Treinta años trabajó para el teatro sin llegar á la animación de Shakespeare ni al patético tono de Otway. «Dryden que indisputablemente era un eminente ingenio, dice Voltaire, pone en la boca de sus héroes amorosos, hipérbolos retóricas, óideas indecorosas igualmente opuestas á la ternura.»

Shirley, Davenat, Otway, Congreve, Farquar, Cibber, Steele, Colman, Fook, Rowe, Addison, Moore, Aron-Hill, Sheridan, Coleridge, etc. componen la serie de poetas dramáticos hasta nuestros días. Tobin, Johanna Baillie y algunos otros han intentado resucitar el estilo y forma antigua del teatro.

Dryden, como hombre fue miserable; Prior, joven partidario de Orange atacó al viejo poeta que se había hecho católico y permanecía leal á sus antiguos dueños. El duque de Buckingham, ayudado de sus amigos compuso la linda comedia titulada la *Repetición (the Rehearsal)*, en la cual también se atacaba al autor de *Don Sebastian* y de la oda de la *Fiesta de Alejandro*. Buckingham se daba el parabien de haber causado perjuicio á la reputación de Dryden. ¿Será pues una envidiable felicidad el afligir á un hombre de talento y el arrebatarle parte de la gloria conquistada en fuerza de tantos trabajos, disgustos y sacrificios?

Walter, Buckingham, Rosecommon, Rochester, Shaftesbury, y otros poetas licenciosos y satíricos, no fueron los hombres eminentes de su época, pero dieron el tono á la moda y á la literatura durante el reinado de Carlos II. El hijo de Carlos I fue uno de esos seres egoístas, indiferentes, superficiales sin afectos y sin convicciones que suelen aparecer entre dos períodos históricos para dar fin al uno y principiar el otro: uno de aquellos soberanos cuyo reinado sirve de transición á los grandes cambios de instituciones, de ideas y de costumbres, que al parecer no han sido creados mas que para llenar los huecos que en el órden político separan con frecuencia la causa del efecto. Exhumaciones y ejecuciones inauguraron un reinado que también debía terminar con ejecuciones. Veinte y dos años de disolución pasaron á la sombra del patíbulo, última época de placer á la manera de los Estuardos, y con toda la apariencia de una fúnebre orgía.

Sin embargo la libertad desconocida en tiempo de Jacobo I, ensangrentada bajo Carlos I, deshonrada durante el reinado de Carlos II, y atacada bajo el cetro de Jacobo II se había conservado en las formas constitucionales y estas la transmitieron á la nación que continuó fecundando el suelo natal después de la expulsión de los Estuardos. Nunca pudieron los reyes de esta familia perdonar al pueblo inglés los males que les había causado, ni el pueblo tampoco pudo olvidar que ellos habían intentado arrebatarle sus derechos: de una y otra parte mediaban demasiados resentimientos y demasiadas ofensas. No existiendo punto ninguno de confianza recíproca siguieron contemplándose en silencio por espacio de algunos años. Las generaciones que habían padecido simultáneamente, se cansaron también á un mismo tiempo, y se resignaron á llegar juntas al término de su vida; pero las nuevas generaciones, que no sufrían ese cansancio, no alimentando ya enemistades, se creyeron dispensadas de contraer esas alianzas de la desgracia, apresuráronse á reclamar los frutos de la sangre y de las lágrimas de sus padres, y desde entonces fue preciso decir adiós á las cosas del tiempo pasado.